

## NAVARRO VILLOSLADA COMO NOVELISTA HISTÓRICO.<sup>1</sup>



Mas ya es hora de juzgar á nuestro gran novelista histórico, al Walter Scott de las tradiciones bascas, cuyo glorioso nombre, hoy un tanto obscurecido por preocupaciones de distinta procedencia, ha de colocar la posteridad en un lugar muy alto. Ya antes de 1848 era conocido de propios y extraños D. Francisco Navarro Villoslada por sus obras *Doña Blanca de Navarra y Doña Urraca de Castilla*, de que se hicieron traducciones á varias lenguas. Todas las prendas que solicita el género, lo verídico de la narracion, el conocimiento y dibujo de las figuras, y sobre todo aquel acomodarse á las costumbres de remotos siglos y civilizaciones, haciéndolas sentir en vez de analizarlas friamente, descubren al novelista de raza, que no lo es, como tantos otros, por capricho ó por aficion estéril. Allí se ve la Edad Media tal como fué, sin velos ni reticencias, con su carácter idealista y aventurero, sus luchas sangrientas entre raza y raza, entre instituciones é instituciones, sus grandezas, crímenes y desigualdades. Intrigas de Corte, tragedias de amor, indómitas aristocracias y desenfrenos del populacho, todo aparece al natural gracias al estudio reflexivo y á la perspicacia propia del verdadero ingenio. Sin ser aparatosamente conmovedores y extraños, guardan los incidentes un orden inalterable, obedecen á impulsos y pasiones de verdad, sucediéndose con rapidez, pero sin violencias de ninguna clase.

Doña Blanca de Navarra es una galería de escenas hermosamente iluminadas, así en lo que tiene de ficcion como en lo que tiene de historia, destacándose en el fondo la virginal fisonomía de la infortunada Princesa. No agrada tanto como la primera parte la segunda con que aumentó su obra el autor, estimulado por el éxito y acaso tambien por la fecundidad del asunto.

Cuando escribió estas dos novelas era Navarro Villoslada un jóven

(1) Del libro en prensa *La literatura española en el siglo XIX*.

de grandes alientos, sobre quien llegó á pesar la direccion de tres distintas publicaciones, entre ellas el *Semanario Pintoresco Español*. Sus envidiables talentos de novelista estuvieron ociosos muchos años, en los que, consagrándose de lleno á los afanes del periodismo, colaboró en *El Padre Cobos* y fundó *El Pensamiento Español*, donde insertaba artículos de política candente, junto con la famosísima série de los *Textos vivos*, máquina de guerra contra la heterodoxia universitaria. Buscando el reposo al fin de esta carrera, no menos abundante en glorias que en amarguras, volvió á tomar en las manos la pluma de su juventud, y de esta resolucion felicísima nació en la obscuridad y el silencio su inmortal *Amaya*. <sup>(1)</sup>

Cuando apareció llegaba á su apogeo la novela española en brazos de Galdós y Pereda; pero, aunque sonroje el decirlo, la *Amaya* solo encontró lectores y elogios en una parte del público, formada en su inmensa mayoría por los correligionarios del autor. Las Revistas que disertaban largo y tendido sobre *Gloria* y *La familia de Leon Roch*, sobre *Salivilla* y *El copo de nieve*, ni siquiera se dignaron saludar la obra en que volvian á reverdecer los lauros de nuestro primer novelista histórico. Cierto que llegaba á deshora, que el género estaba soberanamente desacreditado y que le sustituían otros nuevos más en armonía con las exigencias de la época; pero dónde está la decantada libertad en el arte, si en diez ó veinte años se convierte en motivo de desdén lo que fué objeto de entusiasmos ardientes? Fuera de que el no ser esta reserva universal, da á entender que en ella intervinieron muchas razones, y no todas literarias, sino hijas todas en gran parte del fanatismo de secta, que no quería rendir tributo de alabanza á un neocatólico tan resuelto aunque de tanto valer, y que, introduciéndose descaradamente en el campo neutral de las letras, apartaba desdeñosa sus ojos del rayo de la verdadera inspiracion.

En bien contadas ocasiones fué más ostensible la injusticia. Dejemos á un lado los pueriles ejercicios de retórica, sobre si cabe la epopeya en los límites de la civilizacion actual, y si necesariamente ha de encerrarse en esta ó aquella forma determinada, quiero decir, si son posibles las epopeyas en prosa. Discútanlo los nuevos Hermosillas, y sin hacer caso de sus resoluciones digamos con seguridad que el fondo

(1) *Amaya, ó los bascos en el siglo VIII, novela original histórica por don Francisco Navarro Villoslada*. Madrid, 1879; tres tomos en 8.º. Antes, y por primera vez, se publicó en *La Ciencia Cristiana*.

de la *Amaya*, y lo mismo los caracteres, el objeto y los episodios, son rigurosamente épicos por su desusada grandeza y su aspecto primitivo. Se respira allí un aire de sencillez ingenua, patriarcal y homérica; hay en algunos cuadros no sé que inimitable verdad emanada directamente de la naturaleza virgen, sin las alteraciones introducidas por los refinamientos de las sociedades adultas, y otras veces sentimos el estruendo de las instituciones que caen, y el conflicto de ideas con ideas, y ejércitos con ejércitos, ó presenciamos el ocaso de una civilización decrepita y el nacimiento de otra formada sobre sus ruinas por la fé y el patriotismo.

El duelo á muerte entre el Imperio visigodo y los bascos, convirtiéndose en fusión venturosa contra los hijos del Islam, el triunfo de la Cruz sobre los heredados y seculares ódios de las dos razas; ¡qué epopeya tan magnífica y deslumbradora! Así lo comprendió el poeta de las tradiciones euskaras, que ha sabido comunicarles el soplo de la inmortalidad encarnándolas en los personajes de la obra sin tropezar en los escollos del simbolismo exagerado.

Sirve en ella como de centro, al que convergen todas las partes, la purísima figura de Amaya, en cuyo nombre comprendió la profecía los destinos de la Euskaria. Corre por las venas de la angélica criatura la sangre goda del tiufado Ranimiro con la sangre bascongada de su madre Lorea (Paula); y si por esto último le corresponde el dictado de hija de Aitor (el Patriarca venido del Oriente y fundador del pueblo basco), tócale también una parte del ódio con que los habitantes de aquellas montañas miran á su perseguidor Ranimiro. A pesar de semejante prevención, á pesar de la guerra tenaz que mueve la pagana Amagoya contra los derechos de su sobrina, vive y alienta para defenderlos, y para custodiar los tesoros de Aitor, una mujer en la que toma la fidelidad aspecto y proporciones de locura. Contra los cuidados de Petronila se estrellan las pretensiones del judío Eudon, protegido de Amagoya, y las de Teodosio de Goñi, que obtiene la mano de otra Amaya distinta de la auténtica. En vano la ambición páfida de los israelitas, y la debilidad de los godos, y las preocupaciones erróneas de los bascongados, contrarían los designios de la Providencia. García Jiménez, el caudillo de Abarzuza, el formidable debelador de los enemigos de la Basconia, el pudoroso amante de la hija de Ranimiro, es el llamado, juntamente con ella, á realizar las esperanzas de su pueblo fundando un trono que servirá de baluarte á la futura reconquista.

En toda la série de dramáticas aventuras que preceden al anhelado desenlace domina la figura de Amaya, tipo de ideal hermosura realzado con los atractivos de la naturaleza, la virtud y la persecucion inmerecida, envuelto en azulados y transparentes cendales, sobre los que brilla un nimbo de celeste luz, creacion, en suma, digna del pincel de Murillo.

Casi tan feliz como la de Amaya es la de su esposo García, cuyas legendarias proezas hacen volver los ojos, no á las de *La Iliada* sino á las del Romancero español, ó tambien á las de la narracion bíblica, alma de ángel en cuerpo de atleta, héroe de la fe y el amor que refleja las grandezas de Amaya como refleja un astro los esplendores de otro superior y más luminoso. De su atolondrado rival, Teodosio de Goñi, perpetrador casi inconsciente de un parricidio, y luego solitario ejemplar, encerrado en inaccesible gruta y redimido de su crimen, no tanto por la asidua penitencia como por el generoso perdon que otorga á su infame consejero ya moribundo; de este mismo consejero, falso Mesías de Amagoya; del santo Obispo Marciano y demás personajes accesorios, no se puede decir sino que cada uno en su esfera es un dechado, y que todos se mueven á compás y sin embarazarse, conservándose idénticos á sí mismos en medio de las más diferentes circunstancias.

El fondo de la novela no ofrece menos variadas y deleitosas perspectivas, desde la tranquilidad de las montañas hasta las turbulencias de que se convierte en teatro la Península después de la invasion sarracena y la jornada del Guadalete. La significacion de los judíos entre los visigodos, sus cábalas, arterias y disimulos aparecen personificados en Abrahám Abén Hezra y en su hijo Eudon. En cuanto á las creencias, mitad primitivas, mitad supersticiosas, del pueblo basco, y especialmente la que se refiere al tesoro de Aitor, producen por su lejanía y fabulosa antigüedad, un efecto algo semejante al de la Mitología griega y romana.

Tal es, sin contar las bellezas de estilo, siempre adecuado al objeto y siempre pulcro sin afectacion, esta novela de Amaya, monumento literario cuyo valor, como hemos dicho antes, han de estimar en lo justo las generaciones futuras, menos preocupadas que la presente.

FR. FRANCISCO BLANCO GARCÍA.

(De *La Ciudad de Dios*)

